

negación y abolición del trabajo alienado. Como muy bien se ha señalado, el comunismo (o la emancipación, por utilizar un término menos connotado) no es aquí el horizonte o meta de una transición, sino que es la forma misma de la transición. Mediante la autovalorización o planificación del no-trabajo se pretende transformar el contenido negativo del «rechazo del trabajo» en contenido positivo de una sociedad emancipada que abriría el camino a nuevos modos de vivir, producir y consumir.

Esta lectura política de una obra (en este caso los *Grundrisse*), que no es más que una lectura-pretexito para exponer todo un programa táctico y estratégico, tendrá su continuación en el libro aparentemente «filosófico» sobre Spinoza. En efecto, *La anomalía salvaje. Ensayo sobre el poder y la potencia en Spinoza* no es más que otra lectura-pretexito que permite reflexionar y proponer una cierta práctica política. Así, al descalificar la línea que de Hobbes conduce a Hegel pasando por Rousseau, caracterizada por la alienación de la soberanía al Estado a cambio de seguridad y protección, y al reivindicar la línea que va de Maquiavelo a Marx pasando por Spinoza, se está reivindicando, en realidad, el ideal de la liberación y la idea de transgresión (de superación de lo existente) que se encuentra en esta segunda línea. El pensador holandés, como ya indicara Althusser en su momento, vuelve a ser el referente en donde encontrar no sólo los antecedentes de Marx, sino también en donde buscar inspiración para problemas (político-sociales y no sólo filosóficos) actuales.

Por último, en las *Cartas* (especie de autobiografía en

forma epistolar), escritas en la prisión romana de Rebibbia, Negri cuenta (y reflexiona) sus experiencias prácticas (contactos con el movimiento católico, luchas de Turín, represión sufrida, etc.), así como sus experiencias teóricas (valoración de la Escuela de Frankfurt, antipsiquiatría, etcétera); la perspectiva sigue siendo la misma: una crítica radical de lo existente que tiene como horizonte la transformación revolucionaria de la sociedad.

Ciertamente no es difícil encontrar en los trabajos de Negri rasgos de voluntarismo, subjetivismo, retórica y, por supuesto, «heterodoxia». Ahora bien, y esto es importante, no es menos cierto que estamos ante un pensador que ofrece un camino alternativo, no sabemos si viable o inviable, a los existentes. Y esto, la verdad, no es que abunde mucho ni que nos sobre.

## LA SUBVERSION RADICAL

Mariví Rodilla

Ignacio Fernández de Castro y Carmen Elejabeitia.  
*Crítica de la modernidad.*  
*El pensamiento emergente.*  
Editorial Fontamara.  
Colección Logos, 8.  
Barcelona, 1983.

*Crítica de la modernidad* no es el primer trabajo que realizan juntos Fernández de

Castro y Carmen de Elejabeitia. Anteriormente ya habían publicado *El hombre mercancía*. La realización de esta segunda obra conjunta se ha visto dinamizada por el concurso de dos componentes: de un lado, diversas lecturas de autores contemporáneos sobre poder, psicoanálisis, lenguaje...; de otro, las aportaciones surgidas de un seminario que llevaron a cabo con la participación de varios estudiantes de sociología durante el tiempo que duró la elaboración del trabajo.

Los autores han pretendido construir un discurso crítico que, centrado en el análisis y crítica del movimiento obrero organizado y de sus logros hasta el momento, suponga al mismo tiempo un estudio de los nuevos movimientos subversivos que desde diferentes posturas y lugares están planteando una serie de respuestas y luchas frente al poder. La constatación de que dichos grupos sociales distan, en la mayoría de las ocasiones, de pertenecer enteramente a la clase obrera productiva, sujeto histórico revolucionario del cambio a una sociedad sin clases, les hace plantearse la necesidad de una nueva lectura crítica del concepto de clase obrera al que Marx llega en *El Capital*, especialmente en el primer tomo del mismo.

Para ello, y situados desde una perspectiva marxista crítica, los autores utilizan libremente las teorías de corrientes de pensamiento diversas. Por un lado las investigaciones en lingüística que arrancan de Saussure; por otro, las investigaciones psicoanalíticas que parten de Freud, especialmente las de Lacan y Deleuze sobre el complejo de Edipo y la estructura familiar. Resulta, asimismo, evidente la influencia teórica de autores como

Levy-Straus y otros estructuralistas, y de Michel Foucault en sus estudios sobre el poder, el discurso y los nuevos grupos revolucionarios.

Su primer intento se dirige a intentar encontrar una forma de análisis que permita el estudio de formaciones sociales en momentos o períodos de su historia determinados. Es lo que denominan discurso analítico, considerándolo como un «orden simbólicoacrónico» o un «sistema de significación general». El método para la construcción de este discurso analítico lo basan, precisamente, en los estudios de lingüística estructuralista que Lacan y Levy-Straus ya habían utilizado en estudios sobre psicoanálisis y antropología respectivamente.

El discurso analítico parte, para su desarrollo, del texto cronológico que describe acontecimientos históricos. A partir de esta información establece sus propios términos o unidades que se relacionan entre sí mediante relaciones de contigüidad con las primeras luchas espontáneas de la clase obrera, y que ha provocado modificaciones de poder a partir de la lucha obrera organizada que se ha ajustado a sus presupuestos teóricos.

Sin embargo, la práctica de la clase obrera no puede ser ya considerada, de ninguna manera, una práctica revolucionaria. Hasta el momento, el marxismo en su práctica ha tomado dos direcciones básicas: la dirección de un cambio progresivo del sistema capitalista que se produzca de manera pacífica y por las vías de la democracia formal, y la dirección del asalto y la conquista del poder por una vía violenta, con la consiguiente instauración de la dictadura del proletariado. Las dos di-

recciones parecen haber alcanzado sus objetivos, pero ninguna de ellas da la menor impresión de conducir a la sociedad comunista. Por el contrario, las formas organizativas de la clase obrera no serían hoy otra cosa que factores de racionalización del sistema capitalista, a través de las cuales solucionaría sus continuas crisis de la manera menos costosa posible.

La subversión radical dentro del sistema capitalista no es ya, por lo tanto, un producto de las luchas obreras dirigidas por sus organizaciones de clase, sino que proviene de otros sectores sociales cuya cohesión interna no les viene dada del hecho de ser una clase social según el concepto que Marx tenía de las clases sociales, pero que mantienen un enfrentamiento continuo con el sistema capitalista sin que éste sea capaz de acallarles ni de dar una respuesta satisfactoria a sus reivindicaciones.

Es, precisamente, esta nueva subversión (estudiada detalladamente en el segundo capítulo del libro) la que, por el cuestionamiento que supone su práctica, fuerza materialmente a una nueva lectura de *El capital* que pueda dar lugar a una teorización que cohesiones, en alguna medida, unas luchas marcadas todavía por su sectorialidad y su espontaneidad. Los conceptos marxianos de trabajo, valor de uso, valor de cambio, fuerza de trabajo y plusvalía son examinados para intentar construir sobre ellos los nuevos conceptos de un nuevo discurso crítico. La conclusión final a la que llegan en esta revisión es la consideración de que la relación social entre capitalista y obrero no es, tal como planteaba Marx, una relación de explotación eco-

nómica marcada por la plusvalía, sino una relación de apropiación del obrero por el capitalista en la cual el obrero/mercancía es producido mediante una actividad capitalista que se realiza sobre su reproducción social, ofrecido en el mercado de trabajo, comprado por el capitalista y, posteriormente, consumido en el proceso de producción en la creación de un nuevo valor que es en su totalidad propiedad del capitalista.

La última parte del libro está dedicada a, retomando el eje del discurso analítico, examinar nuevamente la composición del poder a través de las aportaciones conceptuales extraídas de la lectura crítica de los textos de Marx, así como a trazar las líneas de desarrollo de la subversión radical y las posibles formas por las que pueda llegar a convertirse en una lucha organizada sobre objetivos concretos.

El interés principal de *Crítica de la modernidad radical*, posiblemente, en su intento de hacer una lectura crítica de presupuestos marxistas que para muchos han sido, y continúan siendo, inamovibles; es decir, en la constatación de que en la moderna sociedad post-industrial existen nuevos movimientos y tipos de lucha que exigen, inevitablemente, un nuevo estudio de muchos conceptos que ya no responden a las nuevas realidades sociales.

Sin embargo, uno se plantea leyendo esta obra hasta qué punto puede hacerse una verdadera lectura crítica de unos presupuestos teóricos anteriores si éstos son aceptados de principio. El nuevo discurso crítico que se proponen Fernández de Castro y Carmen de Elejabeitia no puede llevarse a cabo sino

desde un cuestionamiento global de la obra de Marx, no de una parte de ésta, lo cual supone en un primer momento cuestionarse su validez pasada, presente y futura; a partir de esto son posibles las revisiones y las nuevas lecturas. De aquí puede derivarse que sus análisis sobre los movimientos que participan de la subversión radical son, no tan sólo relativamente optimistas, sino que, incluso, no aportan nada nuevo a lo dicho anteriormente por autores como Foucault<sup>1</sup>, dando la impresión de que pueden suponer un paso atrás en cuanto que, en algunos aspectos, no superan, a nivel formal, los planteamientos sobre bloque histórico que Gramsci acuñó en los *Cuadernos* escritos durante su estancia en la cárcel.

(1) «Deleuze-Foucault: un diálogo sobre el poder». *Viejo Topo*, n.º 6. Marzo, 1977.

## AMOR SIN AMO

Mario Merlino

Magda Catalá.  
*Reflexiones desde un cuerpo de mujer*.  
Editorial Anagrama.  
Barcelona, 1983.

A borbotones. El libro, claro: es un libro escrito a borbotones. Creo que es así como resuenan los ensayos: cuando se infiltra el poema, la cita de las palabras del hijo, o de algún paciente anónimo, o el

grito. Es por eso por lo que —obviamente— Magda Catalá resultó ser una de las finalistas del *X Premio Anagrama de Ensayo*. Y Magda Catalá grita, golpea, sacude, con la medida que le da su inteligencia, su rigor de excelente lectora, su precisión en el salto de las asociaciones —que *Natura facit saltus*, decía Brecht por motivos diversos—. O no. Y, además, Magda Catalá renuncia al grito fanático de tanto feminismo de pacotilla, surgido para que don Maniqueo se mese las barbas, sonría satisfecho y le guiñe —provocador— el ojo a muchos Jomeini de este siglo. Magda grita de otra forma, y si la nombro por su nombre de pila no es porque haga el elogio del agua bendita (prefiero los alcoholes benditos, que en plural sale menos dogmático) ni porque sea mi amiga. No la conozco, ni sabía que existiera hasta que me llegó a mis amables manos *Reflexiones desde un cuerpo de mujer*. Y no soy mujer travestida de hombre: como siempre, los casilleros hay que hacerlos valer, a ver. Pero no puedo dejar de reconocer que estoy preñado de Magda Catalá, que me he sentido sobado en el mejor sentido por ella hasta el soponcio, y que soy como Eros —chicato, diría mi otro yo argentino traduciendo a mi aire el italiano, o sea más ciego que Homero y Borges—, soy el entusiasmo pariendo mi goce de leer a Magda Catalá y dejándome parar por ella una y mil veces. Para colmo, Magda Catalá le dedica el libro «a dos hombres: Mario y Gino» y no creáis, tontos lectores míos, que me estáis leyendo, que me enaltece saber que hay otros Marios rondando por el mundo. Lo que yo entiendo —sutil, sutil— es que ese Mario y ese Gino son mitos, son arquetipos, como Psiqué, o Narciso,

o Cleo de cinco a siete. El mérito de una obra está en lo que irradia, está en que el nombre que musita o grita se convierte en Eco (¡caramba con los mitos!) y entonces deba de ser hoy, ayer, tú/vos, aquí y ahora: es todo al mismo tiempo.

En uno de los últimos capítulos, Magda Catalá afirma: «si nos dejamos del poder y de sus leyes, de Falos y penes y nos tomamos con amor, a la torera, al Edipo y a sus huestes, veremos que, más allá de tanto nombre y tanta palabrería, al fondo del espejo está la vida» (pág. 177). Y habría que agregar, sin corregir a la autora, sino sintetizando: y está la muerte, y el dolor de envejecer y —marcha nupcial de fondo, por lo del distanciamiento—: el duro-aprendizaje-de-la-soledad. Yo, a partir de estas frases, y a riesgo de parecer más obvio que Jesús a esta altura del partido (o de la partida), diría que el libro de Magda Catalá es un libro para la gente, sin distinción de sexo, sobre todo si nos hacemos cargo de un motivo que la autora desarrolla y que revela especialmente a través de textos poéticos: la mujer que somos también nosotros, y no porque en el libro que comentamos la mujer aparezca como un yo distinto y deslindado al que se pueda reproducir, sino porque —en el fondo— se juega la capacidad que podemos desplegar de ese otro que no nos atrevemos a ser, *jugándonos* (un reflexivo que Maga Catalá usa conscientemente: jugarse frente a —o junto con— jugar) en esa lucha amorosa que comienza por poner los ojos a la misma altura —como en las máquinas que sacan fotos con monedas, pero esta vez sin fogonazos sincopados—, que ser el otro pasa por ser *con* el otro y ahí comienza un lado ínfimo pero poderoso de lucha contra las